

y está causando que arrojemos por la borda algunas de nuestras tradiciones de libertad». Es lo que Tom Wicker llama en el «Herald Tribune» la sensación de fraude de los ideales americanos. Para Douglas, «el FBI y la CIA son los ofensores más notables. Cada teléfono en cada oficina federal o de estado es sospechoso. Se supone que cada sala de conferencias está trufada de micrófonos. Cada teléfono de embajada es un micrófono abierto. Ciertos hoteles de Washington tienen habitaciones especiales, preparadas para recoger todos los sonidos y están, incluso, dotadas con espejos trucados de forma que sus ocupantes puedan ser filmados». Hay técnicas, dice, que tratan de producir «climas de conformidad que conviertan cualquier idea de concurrencia en prácticamente antiamericana». El senador Sam Ervins ha explicado esa situación con estas palabras: «La administración de Nixon es tan celosa en sus esfuerzos para reforzar la ley y el orden, que está emulando el ejemplo de Sansón en su ceguera y destruyendo los pilares del templo en que reposa la justicia misma». Tom Wicker advierte que la ley contra el crimen aprobada por el Senado limita la cuarta Enmienda («no se violará el derecho del pueblo a la seguridad de sus personas, casas, documentos y efectos contra registros infundados...»), erosiona la quinta («nadie será obligado a responder por un delito capital o de otra manera infamante, salvo por denuncia o acusación de un gran jurado...», ni en ningún caso criminal se le obligará a ser testigo contra sí mismo, ni se le privará de la vida, la libertad o propiedad sin el debido proceso legal...») y amenaza la octava («no se exigirá una fianza excesiva, ni se impondrán multas excesivas, ni se infligirán castigos insólitos y crueles»), «y en otros numerosos aspectos combate el crimen asaltando los derechos constitucionales». Wicker denuncia que en el Distrito de Columbia los jueces pueden encarcelar a los sospechosos considerados como «peligrosos» durante sesenta días antes del juicio, que en la persecución de la droga la policía tiene derecho a registrar sin mandato judicial, por sorpresa «para evitar la destrucción de la mercancía», que una ley aprobada por la Cámara en contra de lo legislado por el Supremo permite despedir de los trabajos relacionados con la defensa nacional a los llamados «subversivos» —que no tienen derecho a saber quién les ha denunciado y, por lo tanto, a defenderse— y que todo ello es «un disfraz de justicia» y «ejemplo legislativo flagrante de la filosofía de que el fin justifica los medios».

¿Es la forma violenta de la oposición la que fuerza la represión, o es el exceso de represión el que obliga a la oposición a usar medios extralegales para penetrar en la fortaleza del estamento? Esta cuestión es un aspecto del debate de alcance mundial sobre la «ley y el orden». En términos más generales, se presenta como la lucha abierta entre quienes se benefician de una sociedad establecida —en país comunista o capitalista— y la consideran imperfectible y quienes la consideran perjudicial para sí mismos y la comunidad.

RUSSELL, EL INSUMISO

Su impresionante cabeza de pájaro alerta se ha inclinado ante la muerte a los noventa y siete años de edad. Bertrand Arthur William Russell, tercer conde de Russell, ha sido un hombre en la eterna oposición. Hasta en las matemáticas —la principal rama de su sabiduría— creó unas matemáticas rebeldes, inconformistas, destructivas («Principia Mathematica», tres volúmenes, entre 1910 y 1913). Y en la filosofía. Su primer libro fue ya una revuelta contra Hegel y Kant («La Filosofía de Leibniz», 1889). Lord Russell, heredero de una familia histórica, radical y puritana, educado por una abuela firme y matronil, con la infancia y la primera juventud enraizadas en la sociedad represiva victoriana, decidió no tener en la vida más guía que la conciencia propia, rechazar todos los prejuicios, extraerse de la sociedad constituida. Dotado de un talento de escritor extraordinario y de una fabulosa cultura, Bertrand Russell fue un predicador laico y, más que laico, ateo. Desde su libérrimo observatorio disertó sobre la felicidad del hombre («La conquista de la felicidad»), la infancia («Sobre la educación»), la pareja y el sexo («Matrimonio y moral»). No quiso ser espectador en una generación de espectadores. La filosofía, su pariente próximo, las matemáticas y la literatura no tenían valor para él, sino se mezclaban con la acción. Esto le llevó ya muy pronto a la cárcel: era pacifista activo cuando estalló la guerra de 1914. Era un activista en la defensa de los derechos de la mujer, la liga anti-alcohólica, el movimiento socialista fabiano. Pero dejó de ser pacifista en 1939: la guerra contra el nazismo de Hitler, según él, justificaba el abandono de las tesis de paz. Prolongó esta actitud después de la guerra: creía en el rearme necesario para luchar contra Stalin. Su posición con respecto al comunismo fue la de un enemigo. Sus posiciones de extremista hicieron pensar a los rusos que podría compartir los medios y los fines de la revolución bolchevique y le invitaron a su país. Volvió enemigo, y publicó «La práctica y la

teoría del bolchevismo», libro que hubiese podido adivinarse si los bolcheviques que le invitaron hubiesen leído entonces el libro que publicó en 1896 contra la social democracia alemana («Principios de Reconstrucción social»). El socialismo de Russell era del tipo laborista, que fue esencialmente antimarxista. Lo fue durante casi medio siglo. En 1964, Bertrand Russell rompió su carnet del partido laborista, porque consideraba los ideales iniciales traicionados, las libertades y el socialismo anunciados por el partido completamente abandonados. Era el carnet número uno. Bertrand Russell volvió a ser pacifista cuando apareció la bomba atómica. Presidió el C.N.D. (Campaña para el Desarme Nuclear), que se opuso a la NATO y sostenía una política neutralista, formó el «Comité de los Cien» y, en consecuencia, fue de nuevo a la cárcel, teniendo ya ochenta y nueve años, por predicar la «desobediencia civil». Creyó en la posibilidad del comunismo cuando desapareció Stalin, y en la del capitalismo cuando apareció Kennedy. La crisis del Caribe (1962) le incitó a una intervención personal con Krutchev (se ha publicado la importante correspondencia personal entre los dos) y con Kennedy. Pero más tarde se alejó de nuevo del comunismo oficial y se aproximó a los reformismos troskistas y de otra índole, con cuyos principales elementos constituyó el «Tribunal Internacional contra los crímenes de guerra en el Vietnam», conocido en el mundo como Tribunal Russell. Formaban parte de él: Gunther Anders, Lázaro Cárdenas, Carmichael, Josué de Castro, Isaac Deutscher, Danilo Dolci, Jean-Paul Sartre y Peter Weiss. En la primera sesión, del 13 de noviembre de 1966, en Estocolmo, el mensaje inicial de Russell decía: «Creo que tenemos el derecho de concluir que es necesario reunir un tribunal solemne, compuesto de hombres eminentes, no por la potencia, sino en virtud de su contribución intelectual y moral a lo que se ha convenido en llamar, en un estilo optimista, la "civilización humana". Este Tribunal emanaba de la "Fundación



Russell para la paz» con la que el viejo filósofo, a quien alguien le ha llamado «Voltaire del siglo veinte», y en realidad no hay comparación entre el sarcástico y confuso francés y el puritano y trascendental británico, había abandonado, como el dijo, «la acción directa por la influencia moral». De hecho, Bertrand Russell no participó directamente en el tribunal que tomo su nombre. Ha sido comparado también a Rousseau, sobre todo a partir de la publicación de sus «Memorias», en 1967. Se las podía emparentar con las «Confesiones» del filósofo francés en punto a claridad y autoexplicación. Su estilo es más directo, menos confuso. A su pluma de gran escritor, de gran narrador —fue Premio Nobel de literatura en 1950— se deben en estas «Memorias», prodigiosas evocaciones de personajes, situaciones, costumbres de la Gran Bretaña victoriana. Su posición radicalmente inconformista le ha valido críticas de todos los sectores, desde el cristiano («Por qué no soy cristiano», es el título de uno de sus libros) hasta el científico, desde el marxista al capitalista. Este hombre que tenía millones de seguidores y de admiradoras en el mundo, nunca tuvo el apoyo de un grupo establecido, en ningún momento de la larga etapa histórica de la que ha sido protagonista. ■ JUAN ALDEBARAN.